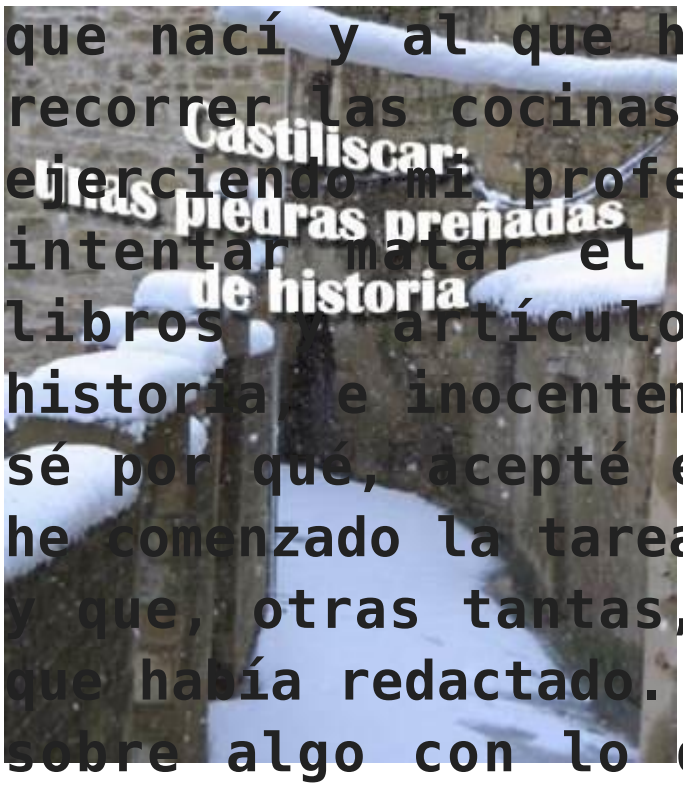
CASTILISCAR: UNAS PIEDRAS PREÑADAS DE HISTORIA, por José Manuel Mójica Legarre, señor y amo de los fogones

CASTILISCAR: UNAS PIEDRAS PREÑADAS DE HISTORIA

Por José Manuel Mójica Legarre, señor y amo de los fogones

Mi amigo Luis Moll me pidió hace algunos días que escribiese un artículo sobre Castiliscar, lugar en el que nací y al que he vuelto después de recorrer las cocinas de tres continentes ejerciendo mi profesión de Chef, para intentar matar el tiempo escribiendo libros y artículos sobre cocina o historia, e inocentemente, en realidad no sé por qué, acepté el encargo. Juro que he comenzado la tarea una docena de veces y que, otras tantas, he borrado lo poco que había redactado. Al parecer, escribir sobre algo con lo que estás implicado emocionalmente no es tan fácil como creí en un principio. Por un momento pienso



que la pantalla del ordenador y mi cerebro son dos desiertos blancos y, al imaginar esos páramos albos, he recordado que había nevado y me he asomado al balcón, sin abrir la puerta claro, para ver los tejados con su recién estrenada cofia de nieve y las columnas de humo que se escapan de algunas chimeneas.

Por la calle solitaria, pisando despacio sobre el pavimento helado, pasa un hombre de cuya boca escondida tras la bufanda surge una espesa vaharada, que apenas se eleva en el ambiente escarchado. Va con la cabeza baja, inmerso en sus pensamientos, hasta que un tañido de campana, frío como el cristal, le sobresalta, le hace mirar hacia un horizonte de fachadas de piedra labrada para una vez pasada la sorpresa, apenas un instante después, seguir con su cansino caminar, ajeno ya a los siguientes badajazos que intentan resquebrajar el ingrato ambiente queriendo anunciar el mediodía.



Siempre he defendido la teoría de que los habitantes de una población conservan los rasgos de quienes, en un pasado lejano, decidieron edificar las primeras casas y empezar una nueva vida en los parajes que, hasta entonces, estaban deshabitados; hoy, con la nieve blanqueando el paisaje que reluce bajo un sol anémico sobre el telón de un cielo tan azul que parece recién pintado, me reafirmo en la hipótesis: El hombre que pasa por la calle, al oír el golpeteo del bronce, ha mirado hacia el horizonte con la misma desconfianza que, allá por el siglo XI, lo hicieron sus antepasados, aquellos que poblaron la zona a petición de Galindo Sánchez, señor de Sos, quien había solicitado permiso

del rey Sancho Ramírez para construir un castillo al que llamaría Castillo de Liscare, cuando oían el volteo del metal avisando para que se pusieran a buen resguardo; no en vano Castiliscar, que hoy cuenta poco más de trescientos habitantes, fue durante décadas la última frontera entre el Reino de Aragón y las huestes moras que vivían en

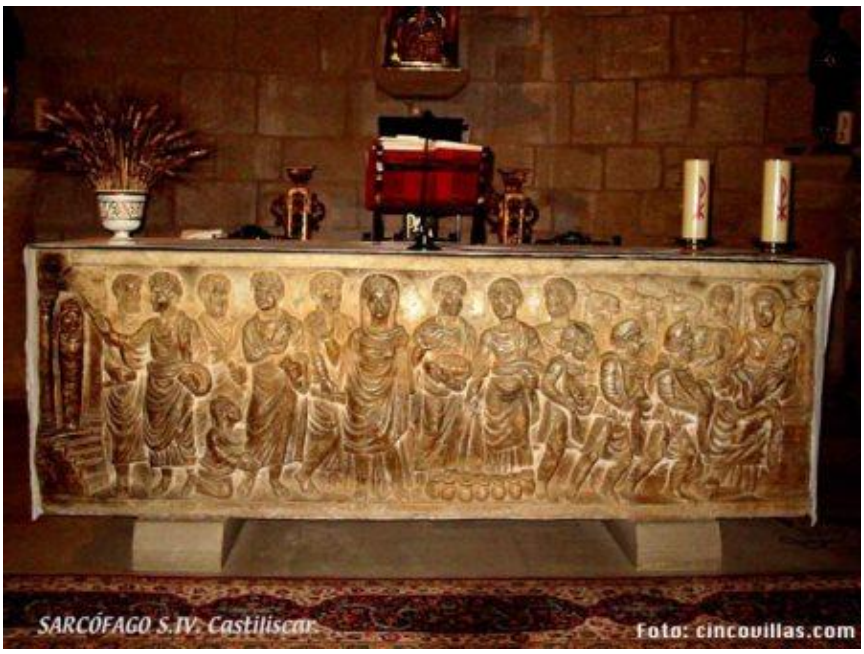


Torre del Castillo



Iglesia de San Juan Bautista

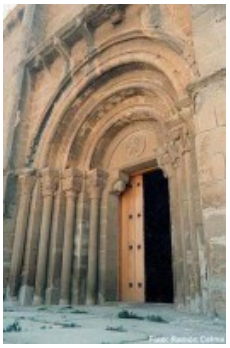
Sádaba, y creció alrededor de la atalaya vigilante en la ruta que iba hasta la plaza fuerte de Sos, que siglos más tarde la fue cuna de Fernando el Católico. Y es que, por aquellos tiempos, los castiliscienses vivían al ritmo marcado por la campana de la torre que con sus toques, unos siete diarios, regulaba los horarios de la población, además de avisar con repiques precisos para reunirse en casos específicos que iban desde convocarlos para apagar un fuego, hasta anunciar la llegada de partidas armadas, pasando por notificar la defunción de algún vecino, costumbre que todavía se conserva en la actualidad a pesar de vivir en un mundo dominado por la inmediatez de las comunicaciones y las redes sociales.



El altar de la iglesia se compone de un sarcófago Peleocristiano

En realidad sólo la inexcusable función de vigilar y protegerse del enemigo próximo podía justificar la fundación de un pueblo en un entorno helado en invierno, asfixiado por el sol en verano, sobre un terreno tan seco que sólo el sudor de los agricultores cayendo con la monotonía de un metrónomo en los surcos sedientos, es capaz de completar la humedad necesaria negada por la escasa lluvia para conseguir arrancarle los frutos a esta tierra huraña, poco predispuesta al regalo y siempre malhumorada bajo el crudo filo de la navaja empuñada por el cierzo; pero, con

el mismo tesón, con la misma tozudez que empezaron a trabajar la tierra los primeros habitantes de lo que empezó siendo un aldea, se afanan los de hoy en día aguantando estoicamente las inclemencias del clima, ignorando las dificultades y



El Crismón de San Juan Bautista

superando las trabas de los ingratos campos de labranza.

No es de extrañar esta actitud cuando se sabe que, aunque los suessetanos guerrearon por estas tierras y los romanos pasaron dejando algunos rastros, como el sarcófago paleocristiano del siglo IV que oficia de altar en la iglesia de San Juan bautista o el miliario de Caracalla hoy desaparecido,

los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, los caballeros de la Orden de Malta cuya cruz adorna por dos veces el escudo del pueblo, fueron quienes dejaron la impronta más perdurable en el carácter de quienes tuvieron la múltiple y nada fácil tarea de vigilar, defender, construir y cultivar.



El Calvario románico está compuesto por el Santo Cristo del Castillo, la Virgen María y San Juan que están ubicados en la capilla de la Torre del castillo. Son unas sobresalientes tallas de madera policromada de importante tradición románica o puede que visigótico.

Las piedras originales del basamento de la torre, que todavía sustentan el peso de los sillares varias veces reparados, tendrían mucho que contar de la historia de un pueblo que ha vivido con orgullo y fiereza su calidad de enclave fronterizo. Esta atalaya, esta alcazaba que se yergue orgullosa dominando el camino, con su espalda protegida por la sierra de Santa Águeda, conserva todavía las cicatrices de las incursiones y de los enfrentamientos entre navarros y aragoneses que menudearon en los siglos XIV y XV; pero el paisaje que rodea Castiliscar, guarda más recuerdos de antiguos hechos de armas como es el caso de la "Plana de los Chandarmes" en la que el guerrillero navarro Javier Mina, héroe en Méjico y casi desconocido en España, quien hostigó durante un tiempo a las tropas francesas durante la Guerra de la Independencia desde Navarra a la comarca de las Cinco Villas aragonesas, destrozó a una compañía de gendarmes, de ahí el nombre del paraje, que intentaba llegar al norte.



La Cruz Baja, tallada por José Mójica Lorente

También en Castiliscar, el 20 de mayo de 1837, durante la llamada "Expedición Real" en la primera guerra Carlista, hizo noche con sus tropas el aspirante al trono Carlos María Isidro de Borbón; pero no solo los hechos de armas anidan en la memoria de este pueblo porque la tolerancia, la convivencia entre religiones, también tuvo su asiento en

él. ¿La prueba? Si pasean por la calle Mayor de Castiliscar en dirección norte, en la fachada de la casa-palacio, hoy restaurada, de la familia Lara, se puede observar una ventana en cuyo alféizar se aprecia un bajorrelieve que representa las tres religiones predominantes en la Edad Media. De derecha a izquierda se ven con claridad una media luna con una estrella, que muchos identifican como símbolo musulmán aunque en puridad sea turco, un corazón, símbolo cristiano por ser el corazón de Jesús, y una flor de ocho pétalos, un símbolo de la antigua Sefarad idéntico al que puede verse en el museo sefardí de Granada; juntos los tres nos hablan de que, en un tiempo regido por el fanatismo religioso y la intolerancia, en un pequeño pueblo, alguien quiso dejar tatuado un testimonio de concordia, de convivencia, en la dura piel de la piedra.

Pero si dejamos atrás la historia, cuando la breve primavera o el rápido otoño dan una tregua a las temperaturas extremas,

merece la pena pasear por el pueblo admirando las fachadas de piedra, los escudos que adornan las claves de los arcos de entrada a muchas de las casas, visitando la iglesia para ver el sarcófago o subir a la torre, en la que se adosa la ermita del Santo Cristo del Castillo, para admirar con tranquilidad las tallas románicas que embellecen una capilla adusta y noble como los habitantes de esta tierra parca en palabras.





Ventanas y puertas de Castiliscar

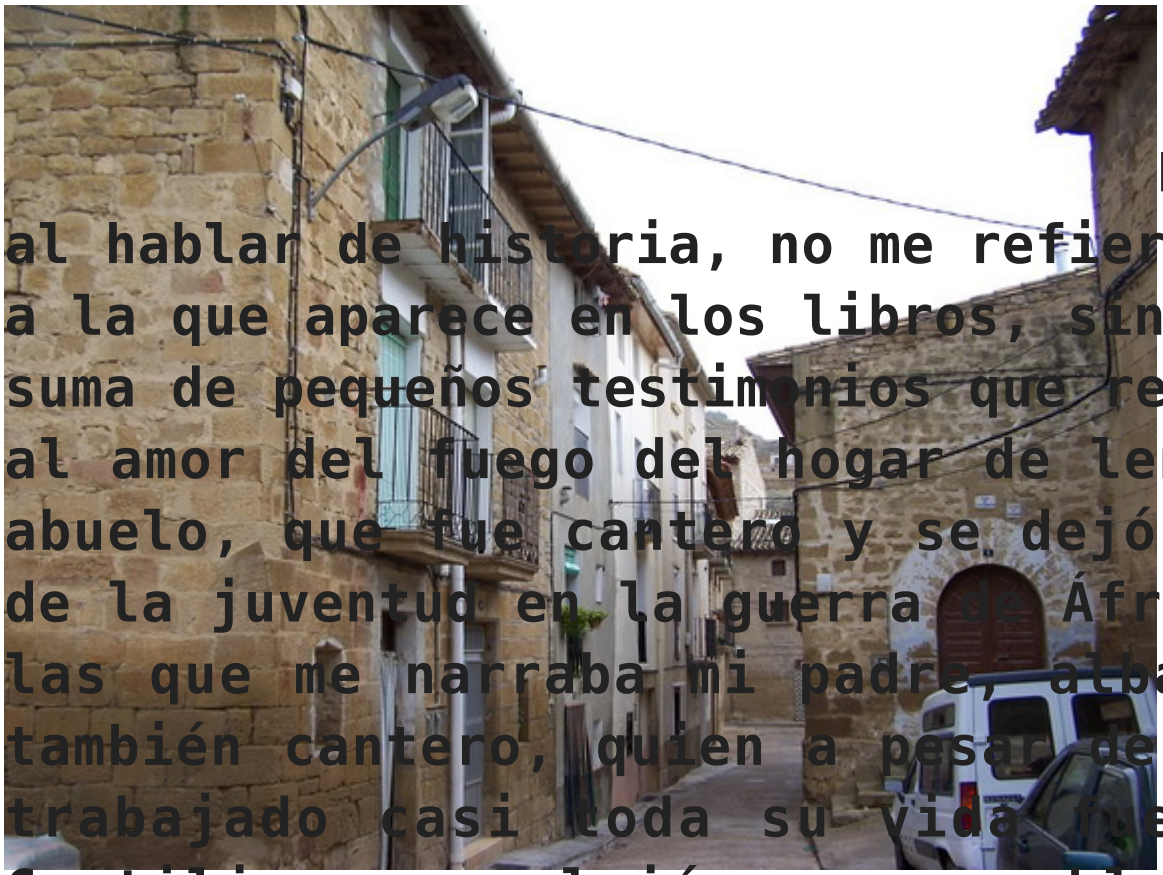




Perderse por las calles más antiguas de Castiliscar, que se edificaron formando un círculo alrededor de la torre que

protegía el camino, es una experiencia aconsejable para quienes quieran disfrutar de un silencio que, a veces, impone por su densidad; pensar que en un pueblo tan pequeño, a la sombra de casas centenarias, muchas de las piedras que vemos han contemplado el paso de los caballeros de la Orden de Malta, de los guerrilleros que atacaban sin tregua al ejército invasor de Napoleón o de las tropas Carlistas en su frustrado camino a Madrid, nos puede poner un ligero escalofrío en la espalda al comprender que en España cualquier rincón guarda, entre claroscuros, retazos de una historia en la que, sus protagonistas principales no fueron otros que nuestros familiares.





Pero al hablar de historia, no me refiero solo a la que aparece en los libros, sino a la suma de pequeños testimonios que relataba al amor del fuego del hogar de leña, mi abuelo, que fue cantero y se dejó parte de la juventud en la guerra de África, o las que me narraba mi padre, albañil y también cantero, quien a pesar de haber trabajado casi toda su vida fuera de Castiliscar, volvió a su pueblo para “entretenerse” tallando cucharas de madera o trabajando la piedra, como en su juventud, para después de elaborar

escudos como se hacía “antes más”, terminar tallando la cruz de piedra del Barrio Bajo en recuerdo de la que arrancaron durante la guerra civil.



Escudo Castiliscar tallado por José Mójica Lorente

¡Vaya por Dios! Quería escribir un artículo sobre el pueblo que me vio nacer, contar cosas sobre sus casas de piedra y sus gentes, pero me ha podido el recuerdo; se ve que he perdido el pulso que deseaba mantener contra la historia o quizás que el hecho no tan frecuente de

ver caer la nieve desde el balcón de la casa familiar, me ha puesto nostálgico y, haciendo trampas como siempre, me ha llevado de la mano hasta otros tiempos porque en el Castiliscar de hoy, a menudo ajenos al noble pasado del municipio, sus habitantes pueden disfrutar del verano en la piscina pública, jugar a la pelota en el moderno frontón, ir al campo de fútbol para ver competir al equipo del pueblo, compartir banales conversaciones en el bar, o degustar una buena comida en el restaurante que, como no podía ser de otro modo, se llama "Convivencia"; menos mal que todavía queda gente que se interesa por nuestro pasado, como mi buen amigo J. Ramón Gaspar, quien desde su blog cincovillas.com, se afana en mantener viva la historia de nuestra comarca, y es el autor de algunas de las magníficas fotografías que ilustran este artículo.



Frontón